

Crisis de fe

Por qué el significado es relacional, no informativo.

SHIV SENGUPTA

15 de junio de 2026 (Traducción del inglés por IA)

I ¿De dónde nace el sentido?

Existe un malestar muy particular que pertenece a la época que nos ha tocado vivir.

Todos lo percibimos.

Todos lo sentimos.

Está ahí, casi al alcance de la mano, aunque nos resulte difícil señalar exactamente en qué consiste.

Tenemos la impresión de que algo no termina de encajar.

Una sensación persistente de desaliento, una especie de niebla existencial, parece envolverlo todo.

El futuro se alza ante nosotros como un espectro: sombrío, amenazante y, en el fondo, incomprensible.

Seguimos adelante casi en piloto automático. Nos afanamos, trabajamos, tratamos de mantener el ritmo, construimos, conservamos..., mientras una pregunta permanece silenciosamente abierta en algún rincón de nuestra conciencia: **¿por qué hacemos todo esto? ¿Hacia dónde conduce?**

Cada vez conocemos a menos personas de verdad.

Nos sentimos más incómodos en compañía de los demás.

Nos encerramos en nuestras propias burbujas.

Desconfiamos de las instituciones y miramos con sospecha las motivaciones de quienes son distintos de nosotros.

Cada vez son menos los vínculos que nos mantienen anclados a una realidad compartida, más allá de nuestra propia y frágil comprensión de ella.

En medio de tanto ruido, sentimos que nadie nos escucha.

En medio de tanta actividad, nos descubrimos profundamente solos.

En medio de tanta información, cada vez nos cuesta más encontrar algo que realmente tenga sentido.

Vivimos inmersos en una atmósfera inquietante, como si una enfermedad silenciosa flotara en el aire, sin saber ya si esa enfermedad habita en nosotros o en el mundo que nos rodea.

«Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado.
¿Cómo podremos consolarnos, nosotros, los asesinos de todos los asesinos?»

— Friedrich Nietzsche

Nietzsche no estaba hablando de un Dios entendido en sentido literal.

Hablaba del impulso humano hacia lo sagrado.

Observó que, por primera vez en nuestra historia, ese impulso comenzaba a extinguirse para dejar paso a las certezas del racionalismo científico. Y se preguntó qué consecuencias tendría aquello para la humanidad.

¿Puede una especie que busca sentido sentirse satisfecha únicamente con la razón?

¿Cómo cambiarían nuestra manera de comprendernos, nuestras relaciones, la comunidad, el trabajo y la sociedad cuando todo comenzara a organizarse en torno a un principio completamente nuevo y todavía no puesto a prueba?

¿Qué sería de la moral, del sentido de la vida y de la propia existencia cuando dejaran de considerarse una herencia de origen divino para convertirse simplemente en adaptaciones sociológicas dentro de un universo indiferente?

¿Cómo reconciliaría el ser humano el amor, la libertad de elegir y la voluntad con una concepción del mundo que los redujera a simples resultados previsibles dentro de una máquina determinista?

¿Qué sería de la familia?

¿Qué sería del legado recibido de nuestros antepasados?

¿Qué sería de la identidad compartida de una comunidad?

¿Qué sería de la devoción al arte o al trabajo bien hecho?

¿Acabaría todo diluyéndose poco a poco hasta convertirse en una amalgama de contenidos desprovistos de verdadero significado?

Han transcurrido casi ciento cincuenta años desde que Nietzsche escribiera estas palabras en *La gaya ciencia* y hoy podemos reconocer que sus temores no carecían de fundamento.

Cuando comenzamos a rendir culto a la Máquina de un universo concebido como un mecanismo perfecto, parecía que el rumbo estaba claro.

La calidad de vida mejoró.

La pobreza disminuyó de forma extraordinaria.

Muchas enfermedades fueron erradicadas en un tiempo sorprendentemente breve.

La Ilustración despertó una inmensa esperanza: la convicción de que, por fin, habíamos dejado atrás la oscuridad de las creencias ciegas para avanzar, guiados por la razón, hacia una edad de prosperidad y bienestar.

Y, sin embargo, mientras nos dejábamos llevar por el vértigo del progreso, pasamos por alto algo esencial.

El ser humano no puede vivir únicamente de la razón.

No basta con comprender el mundo.

Necesitamos que el mundo tenga significado para nosotros.

Y precisamente la confusión entre comprender y encontrar significado es la que nos ha conducido a la profunda crisis de sentido en la que hoy nos encontramos inmersos como sociedad.

II. Los anclajes narrativos

Nunca antes en la historia el ser humano había comprendido tanto acerca del universo físico que habita.

Conocemos su funcionamiento desde la inmensidad de las galaxias hasta el mundo subatómico.

Nunca habíamos comprendido tan bien nuestro propio organismo: la anatomía, la neurología, la psicología y los patrones que rigen nuestro comportamiento.

Disponemos de una cantidad de información que nuestros antepasados jamás habrían podido imaginar.

Y, sin embargo, pese a ese inmenso privilegio, el hombre y la mujer de nuestro tiempo experimentan, quizá como nunca antes, una profunda sensación de falta de sentido.

¿Cómo explicar esta aparente contradicción?

¿Cómo es posible que, en un mundo saturado de razonamientos, información, datos, teorías y explicaciones, experimentemos la existencia como algo menos significativo que quienes vivieron mucho antes que nosotros?

Todo parece indicar que el sentido que buscamos no nace únicamente de la razón.

No se encuentra en las definiciones.

Ni en los hechos.

Ni en los datos.

Ni siquiera en el lenguaje.

El sentido que anhelamos es, ante todo, **relacional**, no simplemente **informativo**.

Los anclajes narrativos

Es aquí donde se revela toda la fuerza del mito.

Porque la función de un mito nunca fue ofrecer una descripción objetiva del mundo.

Su verdadero propósito consistía en proporcionar un contexto desde el cual relacionarnos con él.

Mi hija pequeña está estudiando mitología nórdica como parte del programa de tercero de primaria.

Tomadas al pie de la letra, aquellas antiguas historias pueden parecer cuentos ingenuos o fantasías poco verosímiles.

Y, sin embargo, poseen una extraordinaria fuerza arquetípica.

Los dioses.

Los demonios.

Los gigantes.

Cada uno de ellos representa aspectos profundamente humanos que todos reconocemos.

Hemos conocido personas que encarnan esos rasgos.

Y también los hemos descubierto, alguna vez, dentro de nosotros mismos.

Además, aquellas historias nunca presentaban un universo simple.

Eran complejas.

Enmarañadas.

Llenas de matices emocionales.

Los héroes no siempre actuaban correctamente.

En ocasiones, las intenciones ocultas del villano terminaban favoreciendo un bien mayor.

Quienes parecían más bondadosos podían comportarse con un egoísmo sorprendente.

Y quienes parecían crueles eran capaces, de pronto, de una generosidad inesperada.

Los mitos eran deliberadamente complejos.

Mostraban que «los caminos de los dioses» resultaban incomprensibles para la mente humana.

Y, paradójicamente, era precisamente esa capacidad para convivir con la complejidad y la paradoja la que hacía posible una relación más profunda entre las personas.

Nuestras comunidades también estaban llenas de contradicciones y conflictos.

Pero esas imperfecciones no se convertían en un motivo para retirarnos de la vida compartida.

Porque, si ni siquiera los dioses eran perfectos, ¿cómo podríamos exigir perfección a nuestros semejantes?

Nuestra relación con la naturaleza también estaba mediada por los mitos.

Las plantas y los animales dejaban de ser simples objetos para adquirir un rostro familiar.

Las culturas indígenas concebían los elementos de la naturaleza como espíritus.

Los árboles y los animales eran hermanos y hermanas.

Aquella forma de comprender el mundo despertaba un profundo sentimiento de pertenencia y de responsabilidad.

No era una convicción nacida del razonamiento.

Era una experiencia emocional y corporal.

Las antiguas culturas paganas europeas expresaban esa misma intuición mediante figuras semihumanas: ninfas, hadas, faunos, duendes y elfos.

Toda su tradición está impregnada de una relación profundamente mística con la naturaleza.

Pero, más allá de las diferencias entre unas mitologías y otras, todas compartían una misma intuición fundamental.

En la raíz de todos aquellos relatos existía un principio unificador.

Una única fuerza que vinculaba entre sí todas las cosas.

Y, sin embargo, ese principio rara vez ocupaba el centro de la narración.

El origen del universo era, por lo general, una cuestión secundaria.

Lo verdaderamente importante era el contexto relacional que aquellos relatos ofrecían al ser humano.

Un contexto del que brotaban el sentido, la moral, el deber, la entrega, el cuidado y la vida en comunidad.

Hoy, sin embargo, vivimos en un mundo en el que los mitos han dejado de tener significado.

Nuestra mentalidad hiperracional descarta todo aquello que «no tiene sentido», olvidando que incluso lo irracional posee su propia utilidad.

Y así nos hemos quedado únicamente con la razón.

La razón es una herramienta extraordinaria para comprender el funcionamiento del mundo.

Pero no basta para comprender el corazón humano.

No digo esto porque crea que debamos recuperar la mitología o el folclore de épocas pasadas.

Como seres conscientes, hemos dejado atrás esa etapa de nuestra evolución del mismo modo que un adolescente deja atrás el universo de los cuentos infantiles.

Pero, al abandonar aquellos relatos, nos hemos encontrado frente a un inmenso vacío existencial.

Un vacío que ni el libre mercado, ni el consumismo, ni los avances tecnológicos pueden llenar por sí solos.

Las narraciones y las creencias regulan nuestras emociones, nuestra conducta y nuestras decisiones.

Pero hacen algo todavía más importante.

Crean espacios compartidos de relación.

Y es precisamente en esos espacios donde puede surgir el sentido.

Los mitos nórdicos no pretendían decirle a la gente qué era la realidad.

Les enseñaban cómo situarse ante ella.

Las cosmologías indígenas no intentaban demostrar que los árboles fueran conscientes.

Despertaban un sentimiento de parentesco con ellos.

Las religiones no se limitaban a ofrecer doctrinas.

Proporcionaban un marco compartido desde el que las personas podían orientarse en su relación con la familia, la comunidad, la naturaleza, el sufrimiento, la muerte y el misterio.

La modernidad dismanteló muchos de esos anclajes narrativos.

Con ello nos liberó de numerosas supersticiones.

Pero también nos privó de las estructuras relacionales a través de las cuales el sentido había surgido durante siglos.

El resultado es que el ser humano moderno se experimenta cada vez más como una unidad aislada que intenta construir significado mediante el pensamiento, en lugar de participar de él a través de la relación.

Porque el sentido no es algo a lo que llegamos pensando.

Es algo de lo que participamos.

III. El campo relacional

El próximo curso, los alumnos de tercero de primaria —entre ellos mi hija— comenzarán a estudiar la historia de Grecia.

Ese paso de la mitología a la historia, de la fábula al hecho histórico, no es casual.

A los nueve o diez años los niños poseen ya una mayor conciencia de sí mismos. Son más conscientes de la diferencia entre su mundo interior y el mundo exterior de las necesidades prácticas en el que viven.

Están preparados para descubrir esos mismos arquetipos narrativos dentro de un contexto más histórico y más real.

Lo mismo ocurre con nosotros como especie.

El «Dios que murió» era el Dios del mito.

Nuestro siguiente desafío no consiste en intentar resucitar ese mismo Dios ni tampoco en negar por completo la existencia de lo divino.

Consiste en descubrir lo sagrado dentro de lo cotidiano.

No en construir templos, iglesias, altares o estatuas para conmemorar nuestra relación con lo sagrado.

Sino en reconocer esa presencia en la sencillez de la vida diaria.

En los hechos más corrientes.

En los pequeños detalles.

En los encuentros fugaces.

Tampoco se trata de inventar un nuevo relato de la creación ni un nuevo modelo metafísico.

Uno de los grandes beneficios del conocimiento científico es que hoy comprendemos suficientemente bien la evolución de nuestra especie y la formación del universo y de nuestro planeta como para no necesitar ya los antiguos mitos de origen.

No.

El verdadero desafío consiste en desarrollar un nuevo contexto relacional para el ser humano.

Y hacerlo precisamente en un momento en que empezamos a sentirnos cada vez más aislados unos de otros, pese a toda la tecnología que hemos desarrollado para favorecer una mayor conectividad.

Porque estamos descubriendo que **la conectividad no es lo mismo que la conexión.**

Entonces, ¿cómo sería ese nuevo contexto relacional?

¿Y qué relación guarda con el descubrimiento de lo sagrado en medio de la vida cotidiana?

Yo lo llamo **el campo relacional.**

Cuando termino de cenar y me pongo a lavar los platos, hay un fenómeno que se repite casi invariablemente.

Al principio experimento una cierta desconexión con la actividad.

Sé, intelectualmente, que estoy lavando los platos, pero todavía no estoy realmente presente en lo que hago.

Existe una idea de mí mismo en algún lugar de mi mente.

Existe una idea de los platos acumulados en el fregadero.

Y, aparte del hecho de que mis manos están en contacto con ellos, no hay todavía una conexión más profunda.

Poco a poco, sin embargo, a medida que pasa el tiempo, mi atención empieza a concentrarse en la experiencia.

Comienzo a percibir el calor del agua que corre.

La suavidad de la espuma del jabón.

El sonido metálico de los cubiertos al deslizarse sobre la cerámica.

Y aquello que antes aparecía como dos experiencias distintas —«yo» y «los platos»— empieza lentamente a fundirse en una sola.

Después comienzan a integrarse también otras experiencias que permanecían en la periferia de mi atención.

El murmullo del televisor al fondo de la casa.

Los árboles balanceándose con la brisa del atardecer al otro lado de la ventana.

Mi perro, tumbado junto a mis pies.

La experiencia deja de ser la de una suma de elementos aislados.

Empieza a convertirse en la experiencia de un todo.

Pero, sobre todo, de un todo que no es simplemente la suma de sus partes.

Un todo que ni siquiera posee la misma naturaleza material que las partes que lo componen.

Se parece más a un campo.

A una presencia.

A la percepción tangible de la unidad de ese instante.

Y cuando emerge la conciencia de ese campo, incluso las tareas que normalmente consideraríamos vacías o insignificantes adquieren un significado profundo.

No desde el punto de vista intelectual.

Sino desde la propia experiencia de existir.

Da igual que esté lavando los platos.

Cavando la tierra.

O preparando la declaración de la renta.

La conciencia de ese campo llena de sentido cualquier actividad.

Y hace que incluso lo más ordinario adquiriera un carácter sagrado.

Utilizo aquí la palabra «**sagrado**» para describir el sentimiento de entrega que ese campo despierta.

Normalmente asociamos la devoción a una emoción religiosa nacida de la creencia en una divinidad sobrenatural.

Pero, en un sentido más profundo, la devoción no es otra cosa que la respuesta espontánea que surge cuando percibimos algo como sagrado.

Ese mismo campo que aparece mientras lavo los platos también suele hacerse presente en mi matrimonio.

En mi relación con mis hijos.

En el trato con mis alumnos.

En mi encuentro con la naturaleza.

En todos esos momentos en los que la atención deja de estar dividida y se entrega por completo a la intimidad del instante.

El campo relacional no es una cosa.

No es un objeto que exista en algún lugar del mundo.

Surge siempre que la conciencia deja de percibir la realidad como una colección de entidades separadas.

Aquello que antes experimentábamos como «yo y los platos»...

«yo y mi esposa»...

«yo y la naturaleza»...

empieza a revelarse como una única experiencia en continuo despliegue.

Una experiencia mucho más vasta que todos los elementos que la integran.

Y cuando uno permanece el tiempo suficiente en ese reconocimiento, acaba descubriendo algo todavía más profundo.

La conexión que percibimos no es creada por la relación.

La relación simplemente expresa una unidad más honda que siempre ha estado presente.

Lo único que ocurría era que nunca la habíamos advertido.

Dicho de otro modo,

la relación no crea el campo.

Lo revela.

IV. Lo sagrado en la vida cotidiana

Un acto profundamente creativo puede convertirse en una experiencia de trascendencia.

Un momento de profunda intimidad con la persona amada puede convertirse en una experiencia de trascendencia.

Lanzarse en paracaídas desde un avión puede convertirse en una experiencia de trascendencia.

Incluso permanecer sentado en silencio puede convertirse en una experiencia de trascendencia.

En todos estos casos existe, al comienzo, una relación entre uno mismo y aquello que tiene delante. Ese «otro» puede ser una persona, una actividad o incluso el propio silencio.

Es esa relación la que hace posible la primera conexión.

Pero, a medida que la intimidad y la atención se profundizan, las fronteras entre el yo y el otro comienzan a disolverse.

Llega un momento en que ya no permanece únicamente el yo.

Tampoco permanece únicamente el otro.

Lo que emerge es algo más originario.

Más fundamental.

Una realidad de la que tanto el yo como el otro no son más que expresiones pasajeras.

El Ser mismo.

Es el instante en que desaparecen el escritor y la escritura, y una fuerza imposible de explicar parece hacerse cargo de todo.

Es el momento en que los papeles de marido y mujer, de madre e hijo, dejan por un instante de definir la relación y aparece una forma de comunicación mucho más profunda, inesperada para ambos.

Es también aquello que puede suceder incluso en medio del duelo más intenso, cuando las fronteras entre quien sufre y el propio sufrimiento se desvanecen y, en medio de la pérdida, surge una paz que sobrepasa toda comprensión.

Dios está en los detalles

Existe una antigua expresión que dice:

«Dios está en los detalles.»

Lo divino que buscamos no se encuentra oculto en algún lugar lejano.

Está presente en la trama más humilde de la existencia.

En cada respiración.

En cada palabra.

En cada encuentro con una persona, con un objeto o con un acontecimiento.

Vivimos permanentemente en relación, seamos o no conscientes de ello.

Y toda relación constituye una puerta hacia el reconocimiento de lo sagrado, siempre que nuestra atención esté orientada en esa dirección.

Volvamos ahora a la pregunta con la que comenzaba esta reflexión.

Quizá el verdadero problema de nuestra época no sea una crisis de sentido.

Tal vez sea una **crisis de fe**.

Pero no de fe entendida como adhesión a una religión determinada.

La modernidad no destruyó el sentido.

Lo que destruyó fue nuestra confianza en la dimensión sagrada de la vida cotidiana.

Y esa confianza no puede recuperarse simplemente adoptando un nuevo sistema de creencias.

Sólo puede redescubrirse mediante la relación.

Mediante una intimidad cada vez mayor con la vida misma.

Mediante el reconocimiento de que aquello que buscamos ya está presente en los detalles aparentemente insignificantes de cada instante vivido.

Dentro de cada uno de nosotros permanece latente esa capacidad.

Con frecuencia dormida.

Esperando ser despertada.

El poeta **William Blake** expresó esta intuición con una belleza incomparable en su poema *Augurios de inocencia*:

Ver un mundo en un grano de arena

y un cielo en una flor silvestre;

abarcas el infinito en la palma de la mano

y la eternidad en una hora.